

les amigos y correligionarios, con que Dantón en el Parlamento contaba, notábase con facilidad el joven orador Basire. Aunque no llegó éste á la primera fila de los grandes oradores, desde los escalones segundos lanzó alguna vez frases inflamadas y pronunció resonantes discursos. Veintinueve años acababa de cumplir cuando sus paisanos del Centro de Francia, los borgoñones, le mandaron al Congreso legislativo, donde se asentó entre los Franciscanos. La supresión del antiguo régimen le costaba la pérdida irremediable de los cargos y beneficios, con cuyos rendimientos largo tiempo se lucrara; pero tal desgracia no pudo á sus ideas revolucionarias obstar, porque vivía dentro de un período político, en que predominaban las creencias espirituales sobre los intereses egoístas. Casado con una rica heredera en edad temprana, su casa tuvo un salón para todos cuantos gustaban del cultivo de las letras, y una Biblioteca para estudios, y unas galerías consagradas á especies y tipos estudiados por las Ciencias Naturales. De buena pasta, de cordiales afectos, el estudio le diera un ideal, y el corazón un sentimiento ingenuo y entusiasta con que adorarlo. Llegado á París, trabó amistad con Chabot, fraile secularizado, de ideas avanzadísimas y de malas costumbres, el cual no llevó ninguna clase de pensamientos sinceros á la inteligencia de Basire, si el contagio con muchísimos vicios á su vida. Nunca son buenos para compañeros de gente joven, aquellos que les avanzan en edad, sobre todo, si como Chabot, la han corrido mucho, que decimos en lenguaje familiar. Basire tomó cuantos malos ejemplos le diera el exclaustro y asistió en su compañía, más por debilidad que por inclinación, á los garitos, á los burdeles, á las mancebías, á las tabernas. Para prueba de cómo andaban las relaciones entre ambos amigos, cuentan que una criada de Basire, huyendo de la señora de éste, que la maltrataba mucho, se fué desde Dijón á París, y se instaló en casa de su amo. Allí la conoció y allí la sedujo Chabot. Púsole casa y dióle visos de señoría, teniendo el cuitado Basire, que tratar como amiga en la sociedad á la que fuera su doméstica en casa, y que presenciar la escandalosa prostitución á un fraile perdido con palabras y muestras tanto de aprecio como de amistad. En estos líos de vida verdaderamente airada, en estas aventuras de carrera tormentosa, en estos encuentros de un perdido con mujeres perdidas, el joven diputado contrajo peligrosas relaciones, y fué una de ellas con la baronesa de Aëlders, tenida generalmente por una espía de la diplomacia monárquica. Ésta le guiaba y solía envanecerse con que Basire juntase á principios sanos de una política estoica, propensiones á las galanterías continuas y al placer exaltado. Con efecto, la capital vocación del joven siempre fué la vocación política y su doctrina un ideal avanzadísimo de libertad y de paz.

Como todos los hombres de categoría secundaria, Basire no servía para ordenar y sí para obedecer, por lo cual se había ligado en la vida privada con el exclaustro Chabot, en la vida intelectual con el gigante Dantón. Así, en todas aquellas crisis estaba su ánimo, como estuviera el ánimo de sus jefes. Cuando se trataba únicamente de preparar la

guerra frente al triunfo de madame Staël y al ministerio del general Narbone, por Febrero del noventa y dos, Basire expresaba ya su perplejidad. Cada cual, decía, cada cual, pregunta qué clase de caracteres tomará la guerra. ¿Se declarará ó no se declarará? ¿Será ofensiva ó será defensiva? El plan y las intenciones del Palacio, son de todo punto impenetrables. Lo mejor que del poder ejecutivo puede ahora decirse con razón, es que duerme y la grande agitación del ministro de la Guerra, no tiene más importancia que los ciegos movimientos de un sonámbulo. Si no tenemos guerra, inútil tanto gasto, como su preparación acarrea. Si la guerra es defensiva, los gastos serán muchos; si la guerra es ofensiva, los gastos serán más. Pero, hasta que nos hayamos fijado sobre su naturaleza, no podremos fijarnos sobre su coste. Y para fijar la guerra, no veo en las fronteras tal número de soldados que merezca estos preparativos, ni estos dispendios. Cuando ya el 20 de Abril está la partida ganada por los belicosos, y la declaración de guerra puesta en formal debate, cuya salida nadie ignoraba, por el Monarca; Basire da un grito resumiendo cuanto habían dicho Dantón y Robespierre: «puesto que debemos emprender la guerra, emprendámosla sin traidores ni traiciones.» El Congreso comprendió en seguida todo lo trascendental de la frase. No hubo quien dejara de caer en que rozaba la corona misma del Rey. En frases así la cuchilla del verdugo iba poco á poco afilándose para descabezar á Luis XVI. Pero el entusiasmo lo eclipsaba todo, y con traidores ó sin traidores, Francia entera quería que se declarase la guerra. Fiaba la infeliz á sus fuerzas destructoras una creación. Imaginábase que las ruedas de los cañones abrirían surcos donde robustecer la libertad de Francia y sembrar la libertad del mundo. No, decía el diputado Maiche, «no perdáis un minuto en decretar la libertad de todo el género humano.» Frente al enemigo extranjero, pensaban los más, la guerra civil concluiría para siempre, sin que pudiera tener Francia labios sino para bendecir á sus soldados y corazón sino para quererlos. «Apagad, exclamaba Dubaget, las antorchas de vuestras discordias, en la concordia con que os brindan cañones y fusiles forjados para defendernos á todos.» Tales frases tribunicias no podían menos que incendiar las venas de los conciudadanos; y tal incendio de las venas no podía menos que acelerar el constante latido de los corazones y en amor á la cruzada del derecho y determinar las voluntades unísonas á emprenderla y acelerarla. Cambia la fe de objeto, no cambia de índole. Con tal que sea ó exista; cual dijo el Evangelio que movía las montañas, mueve los altares del templo y mueve las tribunas del Congreso. No era un Papa quien impelía la cruzada nueva, era un estadista; en ella no se veían devotos, se veían descamisados; no agitaba sus alas sobre aquellas cabezas enardecidas el Espíritu Santo, las agitaba el nuevo espíritu científico; no llovían del Empíreo lenguas de fuego, relampagueaban cañones; á la cruz católica se sustituía el gorro frigio; pero brotaba el entusiasmo de los siglos medios, hervían pasiones iguales á las pasiones antiguas; los ojos centelleaban de fervor como centelleaban entonces; las manos se crispa-



ban como si asieran el espadón de Godofredo; y parecía universal el deseo de pelear y de morir por la libertad y por la patria. No aborrecían los cruzados del siglo duodécimo á los musulmanes, como aborrecían estos milicianos nacionales del siglo pasado á los Reyes. No amaban menos los unos que los otros el sacrificio; no requerían menos los unos que los otros del Estado armas con que pelear por sus respectivos ideales. Aquéllos peleaban por rescatar el sepulcro de Cristo; éstos por traer el humano derecho; mas todos combatían por sus ideales, con una fe igual y un igual entusiasmo.

Los dos héroes de la sesión fueron Condorcet y Vergniaud. Este aportó á ella el sentimiento; aquél aportó la idea. Dijo el uno todo cuanto encerraba un Verbo tan creador como el Verbo revolucionario y dijo el otro cómo ese Verbo era la ciencia encarnada en los senos de tan grande Asamblea, la ciencia hecha hombre: Condorcet pensó, Vergniaud habló; Condorcet escribió fórmulas filosóficas propias de su reflexión; Vergniaud lanzó desde lo alto de la tribuna palabras inflamadas que inflamaron todos los pechos de la guerra y movieron á la guerra todas las voluntades; Condorcet bajaba del Sinai revolucionario con las tablas en sus manos del nuevo derecho internacional, el discurso de Vergniaud ardía como la zarza del Oreb y tronaba como la tempestad de Elohim: el uno decía todas las ideas puras y abstractas flotantes en la conciencia de su tiempo; el otro decía todas las ideas concretas que formaban como la sabrosa levadura de nueva y mejor vida social. Cuando Condorcet decía que cada nación tiene derecho á darse la forma de gobierno más conatural á su temperamento, trazaba todas las Constituciones, después vigentes en el mundo y abría con llave de oro todos los Parlamentos que hoy legislan. Cuando mostraba extrañeza y maravilla de que los Reyes europeos no hubieran aprendido esto y atentaran al derecho de Francia, notificábales por anticipado á todos ellos una sentencia para ellos incomprensible; la necesidad en que se verían de cambiar, cual habían tenido que hacer Luis XVI, por una corona constitucional su bizantina diadema del derecho divino. Podían reírse cuanto quisieran los señores del mundo, parapetados tras las supersticiones de sus súbditos, del nuevo pensamiento que Condorcet formulaba. Pero, al oponer éste la majestad del pueblo á la Majestad del Monarca, y decir que copartícipes todos los franceses de la soberanía nacional, estaban resueltos á inscribirse también todos en los ejércitos de la libertad, no sólo decía una verdad bien pronto afirmada y confirmada por los hechos, anunciaba el sufragio universal próximo para todos en los comicios europeos, y el sufragio universal armado que iban á traer las nuevas organizaciones militares. Con razón, después de todo esto, se dió Vergniaud al interior lirismo propio de su íntima naturaleza. Con razón evocó los muertos para que asistieran al sublime acto de la regeneración universal, y rasgó con atrevida mano el velo de lo porvenir para que las generaciones venideras se anticipasen á respirar y recoger las auras despedidas por los ideales novísimos. Así, con presentimiento y palabras de profeta, el orador anunció cómo aquella generación, que con-

centraba tantos ideales dentro de su inteligencia, y hacía en aquella hora del tiempo y en aquel punto de los espacios un esfuerzo, tan grande, estaba destinada por el cielo á morir en flor, á ser mártir de su ideal, pues nada menos exige la dignificación de los muertos y la ventura de los venideros por esta proclamación y esta victoria del derecho universal. Si, á tal energía formidable, se hundieron las Bastillas. A tal fe santa las débiles fuerzas humanas se trocaron en fuerzas sobrehumanas. A tales palabras hicieron los soldados de la libertad un pacto con la victoria, ó con la muerte. Los pensamientos filosóficos de Condorcet y las estéticas frases de Vergniaud, resultados de revelaciones y más revelaciones, productos de siglos y más siglos, formulaban el ideal de la humanidad é impelían al cumplimiento de ese ideal todas las fuerzas del progreso.

Los estadistas austriacos, y aun los mismos prusianos de larga vista y saber político, habían hecho lo posible y lo imposible para impedir la guerra. Deseábanla solamente los Reyes y los Emperadores en persona, temerosos de que sus pueblos llegasen á contagiarse con las ideas revolucionarias y los trataran como el pueblo francés á sus monarcas. María Luisa y Carlos IV, emparentados por tantos vínculos con la familia real perseguida; el recién muerto Gustavo de Suecia, caballero andante del trono y caballero sirviente de la Reina; Catalina con supersticiones bien seniles y con recelos de que penetrara en el sepulcro de Polonia recién sepultada el fuego vivificador de la revolución; el pobre Federico Guillermo, asaltado á la continua de ideas teológicas y aquejado de monomanías religiosas, deseaban oponer á la revolución en delirio, exaltada en el año noventa y dos hasta la demencia, una monárquica reacción en armas; pero los estadistas se miraban y se remiraban mucho antes de servir el odio é inquina de los Reyes á Francia, temiendo el contacto entre la creadora nación y los desvencijadísimos Estados antiguos, pues, aunque la guerra sea una relación de combate, al cabo una relación resulta entre los combatientes. Poníase un astro entonces de la política europea en ocaso natural y amanecía otro. El astro, que se apagaba, llamábase Kaunitz; el astro, que nacía, llamábase Brunswick. El primero presidió en los días de su apogeo la célebre alianza entre Austria y Francia, de que fué prenda el matrimonio de Antonieta, mientras el segundo, encerrado en esos ducadillos alemanes, que tanto provocan al estudio, había concluido por admitir las ideas revolucionarias de Francia, siquier maldijese y reprobase los hechos desordenados y á veces criminales con que semejantes ideas se revelaban al mundo. En primer lugar el duque de Brunswick había sido siempre amigo y compañero del Rey Filósofo, quien realmente hiciera de la pequeña Monarquía prusiana una gran Monarquía; y este Rey filósofo se curaba de las supersticiones protestantes y aun monárquicas como si fueran las coplas de Calainos, procediendo, en verdad, según proceden los déspotas, pero colocando el despotismo en vías de resultar un progreso á favor de la tolerancia y de la libertad universal. Luego Brunswick era hijo de la pasada centuria, y hallábase apegadísimo el espíritu suyo á la piedad filial con las



ideas entonces imperantes. Nada más natural; Alemania colaboraba en este tiempo tanto como Francia, en un trabajo mental continuo, á la creación del derecho. Aunque traiga un largo abolengo la idea del derecho individual, no puede negarse que nadie antes la extrajera del fondo de nuestro espíritu y la identificara con la misma naturaleza humana, como el grande Kant, á quien denominaran siglos de siglos el filósofo inspirado y altísimo de la paz y de la libertad universal. Idéntico pensamiento el de su discípulo y continuador Fichte, quien fortificó la idea del individuo y los dogmas del individualismo, dándoles por base la metafísica y la moral más elevadas y reconociendo en la Revolución francesa y en sus dogmas una revelación del espíritu moderno, allí concentrado para renovar la vida y reorganizar la sociedad. Así mientras estos dos grandes pensadores daban su razón suficiente á las ideas progresivas, que los arrebatos del pueblo francés prosperaron y sirvieron en inconsciencia é indeliberación misteriosas, transfundía el sentimiento de la libertad por sus obras líricas y dramáticas al corazón de Alemania el divino Schiller. No era ciertamente igual éste con Goethe, quien le llevaba la cabeza toda, presentándose, por elección y gracia celestiales, tan grande poeta, como el autor de *Fausto*, primero entre sus pares; mas el émulo y compañero suyo, liberal por todo extremo, y por todo extremo humanitario, con un culto del progreso que Goethe no tuviera, merece, como Kant y Fichte los filósofos, llamarse por antonomasia el cantor inmortal de la libertad. Pues bien, todas estas ideas habían pasado por las filtraciones sociales continuas del centro de las escuelas y de los teatros, del seno de las sociedades sabias, de aquellos salones donde un problema filosófico se discutía por su esencia íntima y no por sus resultados políticos, á un militar como Brunswick, el cual, en los ocios ya largos de la paz, guerrero por deberes del nacimiento más que por inclinaciones de la complexión, se daba con celo al estudio de los problemas científicos y en tal estudio reconocía que las ideas progresivas eran ideas verdaderas y al conjunto de sus resultados se le llamaba la revolución.

El espíritu nuevo, mil veces lo hemos dicho, se parece al sol naciente, porque dora la cima de los entendimientos primero y después las hondonadas del pueblo. Aunque Goethe fuera un impasible, porque creía el egoísmo necesario al genio, pues enviándolo Dios de tarde en tarde, necesita conservarse y vivir para todos, quien posee tan divino dón, no dejaba de presentir, ¡éll! que había sentido en su transformismo á Darwin y el espectro solar en su óptica, que Francia insuflaba un alma novísima en el hombre, como aquella que insufló el Creador en Adán al erguirse, recién creado éste, sobre la tierra del Paraíso. Así revestido con cargos oficiales en el ducado á que pertenecía por su origen y por sus predilecciones, asistiendo á la guerra y presenciando uno de los choques guerreros entre la Francia de los revolucionarios y la Germania de los Reyes, dijo que aquélla significaba un mundo en gestión y ésta un mundo en agonía. Esparcidas tales ideas en los ánimos, divulgados tales sentimientos en los corazones, empeñada Germania en elaborar el dogma

